SAINETE NUEVO

TITULADO

LOS TRES HUÉSPEDES BURLADOS.

PERSONAS.

El amo.
Una criada.
Una gallega
Un francés.
Un majo.
Un beato.

El teatro figurará salon con tres puertas; tendrá su mesa y taburete.

Sale el amo. Si hoy no me ahorco no soy
hombre de gusto ni tengo
vergüenza. Los que me han visto
en las fondas y en el juego
derrochando onzas á pote,
con un Don como el convento
de San Francisco, tratando
con marqueses y toreros,
y me ven ahora en la entrada
de un zaguan, siendo portero
de un basurero asqueroso,
con mis anteojos puestos,
armado de un tirapié,
remendar zapatos viejos,
¿qué dirán? Dirán sin duda
que mi don era supuesto,
y que yo era un gran bribon
vestido de caballero.
Por vida de los demonios!...
Si viniera de Pozuelos
la criada... pero qué!
si me ha informado el barbero,
que era su indisposicion
de seis meses por lo menos.
¡No será un dolor terrible,
que un hombre que halla medio
de lucir sin trabajar,
por un capricho indiscreto
de unos húespedes...?
Sale la criada.—Señor,
aquí estoy yo, porque vengo.
Amo.—Librada, ¿y cómo te ha ido?

Criad.—Grandemente.
Amo.—Ya lo veo.
Criad.—Eran unas obstrucciones,
y al punto se deshicieron
con las aguas minerales.
Amo.—Hacen mucho efecto,
si con método se toman.
Criad.—¿Y cómo está usted?
Amo.—Yo bueno,
pero con muchos trabajos.
Criad.—¿Trabajos usted? me alegro:
con eso escarmentará.
Se lo he estado á usted diciendo
mil veces; usted no tiene
pizca ni media de seso,
usted quiere cortejar,
sin ver que es un pobre viejo
que no puede con la bula.
Amo.—Calla, maldita.
Criad.—No quiero;
que aunque el diablo se lo lleve
he de decir lo que siento.
Amo.—Si mis trabajos dimanan...
Criad.—De que piden su dinero
el médico, el boticario,
el cirujano y bañero,
y otros mil que habrán andado
en los potingues; me alegro.
Amo.—Pero mujer, si no es eso.
Criad.—¿No es eso? Ya, y tiene usted
una cara como un muerto.
Digo, digo, ¿y las ojeras?
usted no quiere creerlo:
ya no está usted para chanzas.
Amo—¡Qué maldita lengua!
Criad.—Pero...
Amo.—Calla, calla.
Criad.—Tijeretas, tijeretas.
Amo.—Por tu ingenio,
por tu habilidad y gracias,
vales un millon de pesos;
mas por tu maldita lengua,
pierdes la mitad del precio.
Criad.—Antes de nacer hablaba,
y tengo hecho juramento
de no perder esta maña
hasta el dia de mi entierro.
Amo.—Ni aun allí la perderás,
porque allá en el cementerio
serás capaz de tener
conversacion con los muertos.
Criad.—Y apueste usted.
Amo.—Como calles
por el limitado tiempo
de cinco minutos, tienes
una onza.
Criad.—Desde luego me conformo.
Amo.—Siéntate, y chocolate tomemos.
Saca chocolate, niña. (riendo.
Sale la Gall.—Miu sinior, ya voy cur-
Amo.—Tú ya sabes, hija mia,
que yo era oficial primero
de la famosa oficina
de zapatero de viejo,
y que habiéndome casado
con una ama de gobierno
de dos viejos incansables,
en el dote que la dieron,
y lo que ella buenamente
iba ahorrando de sus sueldos,
lo que sacaba asímismo
del desperdicio del sebo,
las cortezas de tocino,
el cisco, los trapos viejos,
tal cual pernil, tal olla
de manteca, algun pellejo
de vino, y algun ladrillo
de chocolate del bueno,
y otras cosas, alquilamos
y pusimos con aseo
esta casa, que nos renta
cien doblones, con intento
de hospedar y desollar
á los huéspedes... (Ya veo *ap.*
que ella me gana la apuesta,
pues falta minuto y medio).
Con esto yo lo pasaba
como un duque; pero luego
que se murió mi mujer
fué el negocio decayendo,
hasta que llegaste...
Criad.—Diga usted, la onza de premio?
Amo.—Minuto y medio faltaban;
si no puedes con tu genio.
Amo.—Niña, ¿viene el chocolate?

Sale la gallega con las jícaras, etc.

Gall.—Aquí está ya.
Amo.—Marcha adentro.
Gall.—El chuculate está claru,
más ellus lu harán espesu. (*Váse.*)
Amo.—Con tu asistencia la casa
á su ser volvió de nuevo.
Criad.—Gracias á Macarandona.
Si no fuera por mi aseo,

mi agilidad, mi limpieza,
mi mucho agrado, y esmero,
que yo los sé volver
tarumbas con mi gracejo,
y pararian en casa!...
poquito me quieren ellos.
Amo.—Mujer, mujer, que te ahogas.
Criad.—No se aflija usted por eso,
que el tragadero es bien ancho,
y al fin todito lo cuelo.
Amo.—Luego, como te marchaste...
Criad.—Si se empeñaron en ello
el médico, la paisana,
el comprador, el barbero,
los vecinos y el demonio,
como si acaso en Pozuelo,
con las aguas minerales
habia de echar del cuerpo
el entripado; si usted
me hace atracar como un cerdo,
¿qué he de tener?
Amo.—Eso prueba
lo mucho que yo te quiero.
Criad.—Ciertamente, se conoce,
y no hay diablos del infierno
que le obliguen á casar.
Amo.—¿Qué quieres, si ya soy viejo?
si no puedo con la bula. (trecho,
Criad.—Del dicho al hecho hay gran
Si sabe usted que su amiga
de su alma se está haciendo
unas gachas por usted...
sobre que por tí me muero...
perdone usted, que el amor
me hace perderle el respeto.
Amo.—Llámame como tú quieras,
que yo no ando en cumplimientos.
¿Pero cuándo te he de hablar
de mis cosas?
Criad.—Luego, luego.
Amo.—Al instante que te fuiste,
los huéspedes se me fueron:
ahora hay tres que me han venido
que tienen muy buenos pesos
y los gastan con franqueza;
ayer se me despidieron,
y esta mañana se van
si tú no pones remedio.
Criad.—¿Y por qué se quieren ir?
Amo.—Tú ya sabes el manejo
que necesita una casa de posadas.
Criad.—Ya comprendo, el intríngulis
del caso:
y ¿qué casta de sujetos
son los huéspedes?
Amo.—El uno es un francés.

Señalando al cuarto de cada uno.

Criad.—Lo celebro.
Amo.—El otro un majo.
Criad.—Me agrada.
Amo.—El otro un beato necio.
Criad.—Toda esa gente me gusta.
Librada, aquí de tu ingenio:
venga al instante la llave.
del cofre grande... corriendo.
Amo.—¿Pero qué quieres hacer?
Criad.—Váyase usted allá dentro;
despache usted, yo lo mando:
sús de aquí.
Amo.—¿Pues qué, soy perro?
Criad.—Tome usted luego la puerta,
ó desisto de mi empeño.
Amo.—Por la cuenta que me tiene *ap.*
desazonarla no quiero. *Vase.*
Criad.—Ya que dicen que nosotras
más que el demonio sabemos,
no es razon á quien lo dice
dejarle por enbustero.
Aquí, Librada Urdemaulas,
van á empezar tus enredos.
Vamos dejando esa cama,
arrastrundi, que ya es tiempo.

Llamando á las puertas.

Alon, basta de cusí,
que gracelar el almuerzo.
Ave Maria Purísima:
hermano, deje ese lecho.
Ya están los tres en campaña,
piés mios ¿para qué os quiero? *Vase.*
Sale el Beat.—Sin pecado concebida.

Asomado á la puerta.

Sale el Franc.—E bien, madam, ¿qué
hay de nuevo?
Sale el Maj.—¿Que arrastraa
me ha llamado arrastrundi?
Beat.—A nadie veo.

Franc.—¿No estar aquí la madam?
Maj.—Parece cosa de juego.
Franc.—¿Monsieur Paco?
Maj.—¿Qué se ofrece?
Franc.—Entrar en il aposento
una madam?
Maj.—¿Y en este otro entró una maja?
Beat.—¿Y en estos
han visto ustedes entrar
una hermanita que tengo?
Franc.—Non, Monsieur.
Maj.—Ni yo tampoco.
Beat.—¿Si será cosa de sueño?
Majo.—A los tres nos la pegaron.
Franc.—¡Sarmicon!
Maj.—Posadero.
Franc.—Metre d'otel?
Beat.—¿Señor amo?
S. el Amo.—¿Qué se ofrece, caballeros?
Cuando llaman de este modo, *ap.*
hizo aquella algun enredo.
Maj.—¿Vino á buscarme una maja?
Amo.—Sí, señor, ¿qué será esto? *ap.*
Franc.—Y á mua ¿vino una madam?
Amo.—Sí señor, vamos mintiendo. *ap.*
Beat.—Y á mí me buscó una hermana?
Amo.—Sí señor.
Los tres.—¿Pues qué se han hecho?
Amo.—Yo no lo sé.
Beat.—Paciencia;
con ella se gana el cielo. *Váse.*
Franc.—Si non parecen, no importa.
Voy á ver si aprender puedo
el minué del cachirulo. *Váse.*
Maj.—Que me traigan el almuerzo
y la cuenta de estos dias,
que quiero tomar jopeo.
Amo.—Pronto será usted servido.

Sale la criada con plato, servilleta, cuchillo, etc.

Criad.—Y por mis manos.
Amo.—¿Qué es esto?
Criad.—Chito y jopo. *Con el cuchillo.*
Amo.—¡Qué demonio! *Váse.*
Majo.—Bendito sea ese cuerpo:
¡qué moza se ha echado el amo!
Criad.—Por tener á usted contento.
Maj.—¿Luego quieres contentarme?
Criad.—Si señor, con el almuerzo.
Maj.—¿Y con nada más?
Criad.—¡Puñales!
Maj.—¡Ay, si voy!
Criad.—De eso yo tengo
un abanico tan chusco,
que da más calor que fresco.
Maj.—Vaya esta fineza.
Criad.—Venga.
Maj.—Si vieras lo que te quiero
Criad.—Y yo á usted tambien.
Maj.—¿De veras?
Criad.—Como lo digo lo siento:
¿Ya ha acabado usted?
Maj.—Sí, chica.
Criad.—Pues oiga usted un secreto,
¿es usted garboso ó ruin?
Maj.—Yo desparramo los pesos.
Criad.—A ver cómo usted lo hace?

Le da dinero el Majo.

Guarde usted ese dinero,
que yo cuando quiero á un hombre
lo quiero por sus afectos.
Maj.—Vaya, toma esa medaya.
Criad.-No se cause V. en eso. *La toma.*
Maj.—Por tí resuelvo quedarme.
Criad.—Eso y mucho más merezco.
Adios, blason de los majos.
Maj.—Adios, chica; ¡ah, cuerpo bueno!
bendito sea ese mimo
y esos vivos movimientos. *Váse.*

Sale el amo, y al mismo tiempo sale el Francés bailando.

Franc.—Lan, larán, larán, larán,
¡Oh señor don posadero!
vienesí, la, la, etc.
Amo.—Que me descoyunta usted
los huesos.
Franc.—Micor que micor, fripon,
yo aquí pagar mi dinero
para que una buena chica
me sirve, y pues no la ha hecho
larán, larán, larán. *Agarrándole.*
A. Por Dios, por Dios, que no puedo.
Fr. Porta aquá una gran botella. *Grit.*

Sale la criada de Francesa con una botella grande.

Criad.—Precé, monsieur.
Amo.—¡Estoy lelo! *ap.*
Franc.—¿Quise la?
Criad.—Votra servante.
Franc.—Ahora estar bon posadero
que traer á los huespédes.
de contrabando genéros.
Amo.—Para no echarlo á perder,
escurrir el bulto quiero. *Váse.*
Franc.—Vulé vu, madam?
Criad.—Ne pá.
Franc.—Estar, madam, muy bueno?
Criad.—Oui, monsieur.
Franc.—Ser sirvienta,
y aquí es tar, madam, de asiento?
Criad.—Oui, monsieur.
Franc.—Bien parecer;
¿pero hacer al posadero
el amor?
Criad.—¡Oh! non monsieur.
Franc.—Sacré non Diu! lo siento,
porque en lo par de pistolas
hacerle un grande bujero
en lo pellejo.
Criad.—¡Ah, monsieur!
fatiga el dolor interno: yo morir.
Franc.—Madam, ¿tú estar enamorata?
Criad.—Ser serto:
más yo á tí querer.
Franc.—¡Oh, mon Diu!
¿tú á mi tener mucho afecto?
Criad.—Oui, monsieur.
Franc.—Prené. *Dale dinero.*
Criad.—¿Qué dar?
Franc.—Darte á tí, madam, dinero,
que el dinero mitigar
al punto dolor del pecho:
tomar.
Criad.—Monsieur... (*Como que lo resiste*)
Franc.—Tomar pronto
madam, recibir el premio
de tu amor.
Criad.—Estar aliviada,
que el archan me dar consuelo.
¿Tú á qué venir?
Franc.—A aprender
lo baile de lo bolero,
l minuete cachirulo,
el fandango ó lo requejo.
Criad —Yo tambien entender mucho;
ser tragedista.
Franc.—No creo.
Criad.—Estar cómico
Franc.— Madam,
representar il momento.
Criad.—Oui, monsieur; é tú é yo
representar,
Franc.—Bravo, bueno.
Criad.—Vu estar lleno de colera,
mientras yo facer mil gestos.
Franc.—Su rival ser. No por mí
fa tú me amor, no lo creo.
Criad.—¿E qui podrá estar apart
de un traidor, un hom tan fieru?
¿E qui podrá comparar
lu dolor que aquí en il pecho
estar, que tener la aníma
mortu de lo sentimiento
del furore dó lo mugre
infernalo? ¡Pa me sento
fatigar en lo interiore,
el dolor más masilientu!
¡Morta ser, oh, tú traidor,
me causar este tormentu!

Cae sobre la silla.

Franc.—Monstruosamen, madam;
¡qué propietate! ¡qué aspecto!
qué bien lo gesticular
ó expresar los sentimientus!
No haber visto in lo teatro
de París paso más bellu:
estar atónitu: oui
madam, todo perfectu. *Váse.*

Sale el Amo.

Amo.—Todo lo he estado observando,
y digo, y á decir vuelvo,
ó que tú eres diablo,
ó le tienes en el cuerpo.
Criad.—Dejémonos de parolas;
las razones acortemos.
Cuando el beato se levanta,
¿qué es lo que pide primero?
Amo.—La ropa. De la gallega
puedes informarte.
Criad.—Vuelvo.
Amo.—Aturdido estoy de ver

lo que hace, más no es nuevo
de que una criada haga
estos y otros embelecos.
Me voy adentro por si
tiene dispuesto otro enredo.

Sale el beato con un libro en la mano.

Beat.-No hay quien me traiga el vestido
para irme al jubileo?
Amo.—No faltará.
Beat.—Vaya, pues,
tráigame el vestido luego,
y la cuenta de estos dias
para marcharme al momento,
porque aquí con la gallega
no puedo tener sosiego.
Amo.—Cómo ha de ser si ella es
tan mala y tiene ese genio
tan altanero!...
Beat.—No gusto
de murmuracion; mas puedo
decir, que discurro que es
la más mala de su sexo:
ella es respondona, chilla,
riñe á diestro y siniero,
habla, canta, llora, grita,
y en todo el dia no tengo
ni un instante de quietud,
para ejecutar mis rezos.
Mala hembra, mala hembra,
pero al fin no murmuremos,
que aunque va revuelta con
los que van por ahí dentro,
tal vez no habrá nada malo
entre ella y entre ellos,
y aun cuando lo haya, yo
no debo meterme en ello.
¿No es verdad?
Amo.—Es cosa clara.
Beat.—Hacedme el gusto al momento
de sacarme la casaca
y la peluca.
Amo.—Corriendo,
voy á serviros al punto,
con toda la ropa vuelvo.
Beat.—Sí señor, es mala hembra
esta gallega, no puedo
tener quietud, ni rezar,
y ella, segun lo que veo,
no habrá sido mala moza
allá en sus pasados tiempos:
aun se conserva rolliza,
gorda, fresca... ya contemplo;
bien cuidada y el trabajo
poco... que conserve el cuerpo
aun tal cual, no es de admirar.
Pues sus ojos... son chisperos...
agradables... retozones... y...
pero en fin, dejemos
estas ideas, que de una
chispa se enciende un gran fuego
que no se puede apagar
muchas veces... sí, apartemos
estos pensamientos... y
pensemos solo en el cielo.

Sale la criada de beata con la casaca y peluca.

Criad.—Aquí eatá la ropa,
bendito varon.
Beat.—¡Jesús, y qué moza
que mirando estoy!
¿si será la hermana
que entró en el salon?
¡qué ojillos me clava,
ay, qué conmocion!
Yo quisiera irme...
mas ya no me voy,
pues no es de perder
tan buena ocasion.
En fin, Dios me libre
de una tentacion.
Acérquese, hermana,
sin más detencion.
Criad.—No me determino.
Beat.—¿Y por qué razon?
Criad.—Porque yo soy hembra,
y él será varon.
Beat.—Yo así me lo pienso.
Criad.—Y lo mismo yo.
Beat.—Pues, vamos, ¿se acerca?
Criad.—Con la condicion
que no nos miremos,
á acercarme voy.
Beat.—Digamos, pues, ambos
en esta ocasion:
Los dos.—Dios nos libre á todos
de una tentacion.
Beat.—¿De dónde ha salido, hermana?
Criad.—Hermano mio, del seno
de la tierra.
Beat.—¿Y á qué viene?

Criad.—A servirle con esmero.
Beat.—A ver, á ver esa cara.

Mirándola de reojo.

Dotada está de embeleso.
Me sirve. ¡Gracias á Dios,
que lo que buscaba encuentro!
Criad.—Yo tambien, aunque indigna
pecadora...
Beat.—Desde luego
me puede vestir si quiere:
¿escrupulizais en ello?
Criad.—No señor, estamos solos.
Beat.—Pues, hermana, yo lo mesmo.
Venga la casaca, hermana. *Pónesela.*
Criad.—¡Qué talle! ¡que hermoso pecho
le hace á usted, (Dios le bendiga
y le libre de muermos y torozones).
Beat.—Amen:
tus plegarias oiga el cielo:
ahora ponme la peluca.
Hermana, qué es lo que has hecho,
que tengo debajo el gorro.
Criad.—Solo escrupuliza en eso;
pues yo no quito ni pongo gorros.
Beat.—Pues lo dejaremos,
y así estará la cabeza
más resguardada del fresco.
Criad.—Y qué, ¿se va usted de casa?
Beat.—Irme de aquí? no por cierto,
que ya tengo quien me cuide,
y si me sirve, veremos.
Criad.—Y en qué puedo yo servirle?
Beat.—¡Ay hermana! no me atrevo
á decirlo...
Criad.—Hábleme claro,
que quizá, hermano, tenemos
unos pensamienios mismos.
Beat.—Pero dejando rodeos,
¿nos casaremos los dos?
Criad.—Si no hubiese otro remedio...
Beat.—Entonces, venga la mano.

Acercándose á él.

Criad.—Antes consultarlo quiero.
Beat.—Pero quite...
Criad.—Pero aparte.
Los dos.—Por que al fin del cuento...
Beat.—Esos ojos zainos.
Criad.—Y ese pelucon.
Beat.—Me pican.
Criad.—Me arañan.
Los dos.—En el corazon.
Beat.—Esas mogigangas,
segun viendo voy...
Criad.—Pueden que terminen
al fin con amor. *Váse el Beato.*
Sale el Amo.—Muchacha!
Criad.—¿Qué mandaba usted, señor?
Amo.—Dónde vas con tus enredos?
Criad.—A evitar que usted no tenga
que volver á ser de nuevo
un pobre za patricida.
Los tres dejarán primero
sacarse las muelas que
irse de casa; ¿y todo esto
por quién es sino por mí?
Señor, ¡cómo los he puesto!
que abren la puerta, huyamos. *Váse.*
A. ¿En qué vendrá á parar esto? *Váse.*
Sale el Franc.—¿Madam tragedi?
Sale el Maj.—¿Arrastraa?
Sale el Beat.—¿Hermana?
Franc.—Don padre nuestru,
¿tú haber visto la madam
que en la casa está sirviendo?
Maj.—¿Y usted ha visto la moza
que ha traido el posadero?
Beat.—¿Qué moza ni qué madam?
lo que tenemos de nuevo
es una hermosa beata
que no se halla con dinero.
Maj.—Si lo que hay es una maja.
Franc.—Es madam.
Maj.—No lo creo; no puede ser.
Franc.—Mire usted.
Beat.—Volverla á llamar de nuevo
y saldremos de la duda.
Maj.—¡Real moza!
entro Criad.—Qué tenemos?
Franc.—Madam tragedi?
Dentro Criad.—Monsieur.
Beat.—Hermanita?
Dentro Criad.—Estoy leyendo.
Maj.—Ve usted, aquí está la maja.
Franc.—Tú ver, señor, que no miento.
Beat.—Usted ve como es verdad.
Maj.—Para que se caigan muertos,
ven acá y confúndelos
con tu garbo y tu gracejo.
¿Pero no quieres salir?
Todos.—Vamos á buscarla adentro.

Sale la Criada.—No se incomoden Vds.
que aquí estoy en alma y cuerpo.
Franc.-Tú estar la misma y no estarlo.
Criad.—¿Por qué está usted suspenso?
aquí tiene usted la maja: al majo.
madam tragedí en el pelo: al Franc.
y en mi mano la beata: al Beato.
Ya está definido el cuento.
Beat.—¡Qué alma tan cándida y buena!
Mujer, vuélveme el dinero.
Maj.—Quite allá y no sea
con mujeres cicatero,
que el chasco que nos ha dado
aun merece mayor premio.
Chica, si quieres mi mano...
Franc.—En caso, yo estar primero.
Beat.—Yo tambien estoy aquí
que tengo vivos deseos.
Maj.—¿Chica, vamos, qué resuelves?
Criad.—No sean majaderos,
que si quisiera casarme
tengo yo novio aquí mesmo,
y si no ahora lo verán:
¿Tomás, Tomás?
Sale el Amo.—¿Qué tenemos?
Criad.—Este es mi salado novio.
Franc.—Muquer, si estar ya muy vieco.
Beat.—Matrimonio desigual. *Sant.*
Maj.—Chica, si ya huele á entierro.
Criad.—¿No ve usted que allá nos dice
aquel refran verdadero
que la gallinita vieja
hace el caldo más perfecto?
Maj.—Pues chica, ¿y por qué te casas
con ese pobre esqueleto?
Criad.—Venga usted, y se lo diré:
¿sabe usted por qué? por que quiero:
y por que este sabe ya
de ustedes los pensamientos.
Maj.—Hijo, buen provecho: abur.
Beat.—Yo por mi parte detesto,
y pediré á Dios los haga
unos casados perfectos.
Franc.—E pues estar acabado
el asunto, me entrar dentro.
Beat.—¡Matrimonio! fuera, fuera,
hágales muy buen provecho,
que eso no es de mi carácter.
¡Jesús, de pensarlo tiemblo!

Haciéndose cruces.

Criad.—Pues á celebrar la burla.
Amo.—A celebrar este enredo.
Criad.—El que servirá de norma
para ser los hombres cuerdos.
Amo.—Y aquí el poeta suplica
á este auditorio discreto,
Todos.—Que las faltas disimulen,
por ser el capricho nuevo.

FIN.

MADRID.—Despacho: Hernando, Arenal, 11